

Apuntes ecosociales Post Covid19

Yayo Herrero

Hay quien dice que la COVID 19 es un cisne negro, un suceso imprevisible que no se podía evitar. Pero no improbable ni inesperado. La ciencia nos dice que esta pandemia tiene muchísimo que ver con la crisis ecológica que vivimos. Según el [IPBES](#) (Plataforma Intergubernamental sobre la Biodiversidad y los Servicios Ecosistémicos), la pérdida de biodiversidad aumenta la frecuencia y virulencia de este tipo de fenómenos.

La biodiversidad es la densa red de relaciones que hay entre los sujetos vivos y constituye una verdadera estrategia de seguridad para la propia vida, tejida a lo largo de millones de años de evolución. Cuando se pierde biodiversidad, la zoonosis,- transmisión de virus que proceden de los animales a los seres humanos- es muchísimo más frecuente. En esta línea, Fernando Valladares, investigador del CSIC, decía en una entrevista reciente que ["ya existía una vacuna contra el Covid y nos la hemos cargado"](#). Esa vacuna es la biodiversidad. Cuanto más se destruya, más expuestos estaremos a los virus. Es importante, por tanto, no destruir las barreras naturales que permiten defender a la especie humana.

Por otro lado, empieza a haber cierta literatura científica que relaciona también la letalidad y la velocidad de la expansión del virus con la contaminación del aire. Parece que en aquellos lugares en los que se ha estado respirando aire contaminado durante los últimos 15-17 años la incidencia y mortalidad ha sido mayor. Se han publicado algunos avances preliminares en esta línea en un [estudio de la Universidad de Harvard](#) y otro de la Universidad de Lombardía. Por si fuera poco, el [IPCC](#) (Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático) advierte que la reaparición de enfermedades erradicadas o el aumento de vectores de infección pueden ser consecuencias probables del cambio climático.

La pandemia, además, nos sorprendió con un sistema de sanidad pública parcialmente desmantelado y privatizado. Es preciso recordar que vivimos sobre las secuelas de la crisis de 2008. De esta crisis se "salió" con un empeoramiento de las condiciones laborales y con un empobrecimiento de amplios sectores de población. España ahora mismo es un país estructuralmente precario. No es que haya unas cuantas personas que tienen que acudir a los servicios sociales porque sufren la coyuntura de no tener casa o de no poder pagar la factura de la luz, sino que, ahora mismo, son muchas las personas que tienen dificultades de habitabilidad, de acceso a la energía o a una alimentación suficiente y de calidad.

La sinergia entre una situación de precariedad estructural y una sanidad pública debilitada, no es, obviamente, el mejor punto de partida para afrontar la pandemia. Salir de la situación creada por el Corona Virus, requiere mirar la realidad cara a cara y comprender que esta crisis se inserta en una profunda crisis civilizatoria ante la que es urgente organizar sociedades resilientes.

Las primeras alertas llegaron en 1972, cuando se publicó el [informe Meadows](#) sobre los límites al crecimiento. Desde la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio, el IPCC, la Agencia Internacional de la Energía, el IPBES comunidad científica en múltiples universidades en todo el mundo han ido señalando, cada vez con más exactitud y datos, que atravesamos una crisis causada por el desbordamiento de los límites y la biocapacidad de la Tierra. En el origen del problema está un sistema económico movido por la dinámica expansiva del capital que necesita crecer

exponencialmente, consumiendo materiales, energía, agua, territorio o biomasa, pero que ha de hacerlo en un planeta que sí que tiene límites.

Si se hubiesen atendido las alertas en los años setenta o en los ochenta, podríamos haber avanzado transformando nuestras economías hacia sistemas que garantizaran la satisfacción de las condiciones de vida con criterios de suficiencia.

El problema es que la dinámica expansiva del modelo económico capitalista es incompatible con la conservación de la vida en el tiempo. La lógica económica, basada en el crecimiento, que no observa ni comprende los límites se ha instalado también en los imaginarios sociales, que han interiorizado una especie de lógica sacrificial: todo merece la pena ser sacrificado con tal de que la economía crezca. A causa, entre otras cosas de la superación de los límites planetarios, la economía global cada vez tiene más problemas para crecer satisfaciendo las necesidades de todos y todas. Cada vez hay más gente arrojada a los márgenes de la vida.

Salir de esta situación en condiciones buenas para la mayor parte de la gente y también para el resto del mundo vivo significa cambiar radicalmente los estilos de vida, aprendiendo a vivir con suficiencia, es decir, aprendiendo a vivir con lo suficiente. Es obvio que hay muchas personas que necesitan más de lo que consumen para tener una vida digna, pero también es verdad que hay otras - y no me refiero solamente al 1% famoso-, que podemos vivir bien con mucho menos: con menos energía, menos materiales... No es una cuestión estrictamente personal, sino una cuestión estructural, que implica cambiar los modelos productivos de arriba abajo y que nuestras economías se planifiquen en torno a lo que es necesario y posible producir para garantizar condiciones de vida dignas a todo el mundo.

Es inevitable asumir que el *decrecimiento* de la esfera material de la economía es un dato. La clave no es tanto si *decrecer* materialmente o no hacerlo sino cómo hacerlo. Se puede decrecer con una lógica injusta, de modo que los sectores privilegiados, amparados por el poder económico, político y militar sostengan estilos de vidas basado en el saqueo de recursos de otros territorios.

Pero podríamos afrontar el *decrecimiento* global de la economía como un proceso de transición socioecológica hacia modelos justos y resilientes. Necesitamos economías radicalmente diferentes, que se centren en producir para satisfacer las necesidades básicas de las personas. No faltan ideas, ni propuestas ni tecnologías. No es que no sepamos cómo producir alimentos de otro modo - ahí está la agroecología; no es que no sepamos cómo transformar nuestros modelos de ciudad. Estamos lejos de tener una hoja de ruta detallada y concreta, pero tenemos muchas piezas del camino a recorrer. Lo que nos falta es poder social para poder forzar esos cambios. Ese poder político es clave y para disputarlo, desde mi punto de vista, hace falta una base social tremenda que quiera, desee y esté dispuesta a trabajar por esos cambios.

Y para ello, la clave es la disputa de la hegemonía cultural. Necesitamos superar de una forma radical esa "lógica sacrificial" de la que hablábamos antes. En estos días de confinamiento se ha abierto un pequeño minuto de lucidez en el que se ha visto la fragilidad del metabolismo económico, lo que era esencial y lo que no lo es. Hemos comprobado que vivimos instalados en un polvorín, en una situación de riesgo permanente.

Con la Covid 19 hemos aceptado medidas excepcionales porque la población sabía que lo que estaba en riesgo era la vida. El problema es que con la crisis ecológica, el cambio climático y el agotamiento de recursos básicos todavía no somos conscientes, al menos de forma mayoritaria, de

que los horizontes sombríos que se plantean delante sino no acometemos transformaciones excepcionales y urgentes.

Es muy importante pensar las medidas *postpandemia* en el marco de la crisis ecológica que tenemos. Si continuamos mirando hacia otro lado, cada vez tendremos posibilidades más escasas de afrontar nuevas emergencias. Que consigamos actuar situando como prioridad el mantenimiento de la vida dependerá de la organización que seamos capaces de articular como sociedad. Vamos a necesitar mucha reflexión, pero también mucha organización social y mucha presión. Ojalá aprovechemos estos momento de lucidez para empezar a caminar en una dirección distinta.